

Fecha	Fuente	Pag.	Art.	Título	Tamaño	Estimación
26/08/2011	CAPITAL (STGO-CHILE)	56	2	POLITICA DE ALTA INTENSIDAD PARTE 01	17,5x19,3	No Definido

# Política de alta intensidad

“En los movimientos estudiantiles se aprecia una desconfianza muy aguda ante las elites en sí mismas, como principio”.

Por Manuel Vicuña

Decano facultad de Ciencias Sociales e Historia UDP

**A** la luz de las movilizaciones sociales de los últimos meses y del malestar que expresan, se advierte la fatiga de un modelo político marcado por la tutela de las elites. Este modelo contemplaba una forma de ejercicio democrático condicionada por el formato más bien elitista de la transición y por los temores ligados a las experiencias traumáticas del pasado. Desde el 90 en adelante, tal vez la palabra clave del vocabulario político fue gobernabilidad. Esta tarea supuso, por parte de la Concertación, un esfuerzo de contención de los movimientos sociales. En este contexto, las movilizaciones sociales eran percibidas como una amenaza más que como una señal de vitalidad de la democracia. La política aireada en las calles y la efervescencia ciudadana despertaban recuerdos inquietantes.

La política de esos años tuvo a los tecnócratas como grandes actores; de hecho, su protagonismo explica en parte el éxito de la transición. El lenguaje más sobrio de la eficiencia resultaba menos exultante que los encendidos idiomas políticos del pasado, pero daba mayores garantías a la hora de articular acuerdos y forjar consensos básicos entre una derecha y una centroizquierda en pie de mutuo recelo. Apelando al conocimiento técnico como árbitro ideal, se contribuyó a enfriar los ánimos partidistas y a evitar los arrebatos de la voluntad. Y esto, en un momento en que las válvulas de escape para las tensiones resultaban un bien preciado. Para la derecha, los poderes fácticos, los militares, los inversores extranjeros y los organismos internacionales, el perfil tecnocrático de los gobiernos de la Concertación ilustró la vocación de moderación ideológica que sus partidos adoptaron, zarandeados por la experiencia del exilio y de la dictadura, luego del descabro de los 70. Eso dio garantías a sus detractores, incluidos quienes se desvelaban con los fantasmas de la Unidad Popular. Entre los Chicago boys y los monjes de Cieplan, por decirlo de modo esquemático, podían establecerse conversaciones



fluidas y diálogos constructivos con mayor facilidad que entre los políticos profesionales atrincherados en los polos opuestos del espectro partidista. Supeditar las diferencias al fallo aparentemente objetivo del saber experto parecía establecer un juego político más apacible que ese otro, tan traumático, caracterizado por la querrela inmoderada de las

ideologías. Por eso, la tecnocracia ayudó a restaurar las confianzas; así aportó a la recomposición, aquí y allá, del tejido más uniforme de las elites políticas chilenas.

Este esquema empieza a crujir mediados los 90. Cruje, inicialmente, al interior de la misma Concertación —basta pensar en la bullada polémica entre los flagelantes y los complacientes— y luego alcanza una repercusión más general en tiempos de la campaña de Michelle Bachelet. Quizá hoy en día, a la vista de la composición de su primer gabinete, marcado por la prominencia de figuras de Expansiva, casi nadie recuerda que uno de los lemas en activo durante su campaña prometía: “no a los tecnócratas, sí a la gente”. También se instaló entonces la idea del “gobierno ciudadano”. No se trataba, en ninguno de ambos casos, de propuestas arbitrarias sacadas del sombrero de copa de algún experto en marketing político, sino de la expresión de un diagnóstico sobre lo que podríamos designar como las crecientes frustraciones de la ciudadanía. Había una percepción fundada de que se requería abrir canales de participación ciudadana. El gobierno de Bachelet ayudó a abrir esa llave; durante la “revolución pingüina” se vio obsesionado, a ratos, por el torrente desatado.

Para entender este giro, creo importante recordar la influencia que ejerció en su momento el informe del PNUD del año 2004. En general, estos informes han sido claves a la hora

Litoralpress Media de Información <a href="http://www.litoralpress.cl">http://www.litoralpress.cl</a>						
Fecha	Fuente	Pag.	Art.	Título	Tamaño	Estimación
26/08/2011	CAPITAL (STGO-CHILE)	57	2	POLITICA DE ALTA INTENSIDAD PARTE 02	17,3x19,6	No Definido

de describir y también inducir percepciones sociales, más que nada entre las elites intelectuales de centroizquierda. Puntualmente, ese informe sobre desarrollo humano trataba sobre el poder en la sociedad chilena, pero el poder no sólo como factor de subordinación sino también como recurso social para la realización de proyectos individuales y colectivos. Ahí se empezaron a evidenciar empíricamente el “déficit creciente de representación”, la “tendencia a la oligarquización” de las elites, y la emergencia de una ciudadanía que comenzaba a desperdiciarse, que no le teme como antes a la expresión de las diferencias e incluso a las manifestaciones de los conflictos, aunque todavía descrea del poder de la acción colectiva como un medio viable para modificar el ordenamiento de la sociedad. Desde entonces lo último cambió, eso es obvio.

La activación de los movimientos sociales ha significado una toma de palabra que ha sumido a las elites en la perplejidad. Les cuesta interpretar el fenómeno y, por lo mismo, reaccionar ágilmente a las demandas. Súmese a esto el descrédito que embarga a las elites de cualquier signo (parlamentario, gubernamental, partidista, eclesiástico o empresarial), lo que se traduce en la merma de sus posiciones de autoridad para acordar soluciones y destrabar conflictos. Lo notable de esto es que ya no sólo estamos ante una mala evaluación de nuestras elites actuales, algo que salta a la vista con cada encuesta; ahora, en los movimientos estudiantiles, se aprecia además una desconfianza muy aguda ante las elites en sí mismas, como principio; o ante la sola constitución de posiciones de liderazgo con poder resolutivo. La articulación horizontal de los actores sociales hace de sus “rostros” meros voceros sometidos al escrutinio permanente y desconfiado de las bases, las cuales se reservan la última palabra. La asamblea como una especie de laboratorio de ilusiones igualitarias ha adquirido un protagonismo que parece contener, entre sus sentidos, una reacción desmesurada a esa “tendencia a la oligarquización” de las elites advertida en el informe del PNUD. Se sospecha de todo liderazgo, o poco menos; a la vez se exaltan las instancias colectivas deliberativas como si se tratara del ritual sagrado de una democracia impoluta.

A más de alguien, presumo, la situación actual le trae a la memoria los días de la reforma universitaria, en los remotos 60. Existen similitudes (la impaciencia ante la desigualdad), pero las diferencias son aún más relevantes. La universidad de los 60 era una institución al servicio de la reproducción de las elites. Representaba, cuando bajaba al plano de la política, la conciencia crítica de la sociedad, y en esa condición reclamaba

para sí misma una intervención más directa en los desafíos del desarrollo nacional. Ahora estamos ante un sistema universitario masificado. La universidad no es un nicho educacional selecto que aspira a reinventarse como vanguardia ilustrada de una sociedad en buena parte ajena; ahora la universidad y la educación terciaria en general son una caja de resonancia de la sociedad en su conjunto; amplifican sus malestares mediante un actor, el estudiantado, con unas posibilidades inéditas de coordinación social a escala nacional. El uso de las plataformas digitales como base de apoyo de sus acciones políticas ha sido un factor decisivo en su capacidad de movilización.

A la larga, la apertura del mercado de la educación superior, masificando el sistema universitario, acabó por parir a uno de sus mayores detractores. La educación universitaria, en sí misma, posee una densidad de significados y una fortaleza de atributos muy significativas. En ella suelen anidar y cobrar cuerpo las expectativas de futuro más radiantes de parte importante de las familias chilenas. Pero la educación universitaria, cuando se masifica, pierde parte de su valor, porque sus títulos se deprecian y las oportunidades que antes abrían tienden a reducirse y a volverse menos auspiciosas; al menos, para los recién llegados. Aparte de los problemas objetivos del sistema universitario, como la mala estructura de los créditos, esto también pesa en la sensación de fastidio con una promesa histórica que, una vez alcanzada, frustra las expectativas, expectativas acordes con la universidad de elite del pasado y no necesariamente con la universidad de masas del presente. ■